



CAPÍTULO VIII

VARIAS ANÉCDOTAS DE FERNANDO
DE AMEZQUETA Y LLEGADA Á ESTELLA

EN Amezqueta entraron en la posada próxima al juego de pelota. Llovía, hacía frío y se refugiaron al lado de la lumbre.

Había entre los reunidos en la venta un campesino chusco que se puso á contar historias. El campesino, al entrar otros dos en la cocina, sacó su gran pañuelo á cuadros y comenzó á dar con él en las mesas y en las sillas.

—¿Qué hay?—le dijo Martín.

—Estas moscas—contestó el campesino seriamente.

—Pero si no hay moscas.

—Sí las hay, sí—replicó el hombre, dando de nuevo con el pañuelo.

El posadero advirtió, riendo, á Martín y á Bautista que como en Amezqueta había tantas moscas de macho, á los del pueblo les llamaban, en broma, *euliyac*, las moscas y que por eso el tipo aquél chistoso sacudía las mesas y las sillas con el pañuelo al entrar dos amezquetanos.

Rieron Martín y Bautista, y el campesino contó una porción de historias y de anécdotas.

—Yo no sé contar nada—dijo el hombre varias veces.—¡Si estuviera *Pernando!*

—¿Y quién era *Pernando?*—preguntó Martín.

—¿No habéis oído vosotros hablar de *Pernando* de Amezqueta?

—No.

—¡Ah! pues era el hombre más gracioso de toda esta provincia. ¡Las cosas que contaba aquel hombre!

Martín y Bautista le instaron para que contara alguna historia de Fernando de Amezqueta, pero el campesino se resistía porque aseguraba que oírle á él contar estos cuentos no daba más que una pálida idea de las salidas de Fernando.

Sin embargo, á instancias de los dos, el campesino contó esta anécdota en vascuence:

«Un día Fernando fué á casa del señor

cura de Amezqueta, que era amigo suyo y le convidaba á comer mcuhas veces. Al entrar en la casa vió que el ama estaba limpiando dos truchas; una hermosa, de cuatro libras lo menos, y otra pequeñita, que apenas tenía carne. Charló Fernando con el señor cura y éste, según su costumbre, le convidó á comer. Se sentaron á la mesa el señor cura, Fernando y el ama. Sacaron dos sopas y Fernando comió de las dos; luego sacaron el cocido, después una fuente de berzas con morcilla y al llegar al principio, Fernando se encontró con que en vez de poner la trucha grande, la condenada del ama había puesto la pequeña, que no tenía más que raspa.

—Hombre, trucha—exclamó Fernando—le voy á hacer una pregunta.

—¿Qué le vas á preguntar?—dijo el cura riendo, en espera de un chiste.

—Le voy á preguntar á ver si por los demás peces se ha enterado algo de cómo están mis parientes de América. Porque estas truchas saben mucho.

—Hombre, sí, pregúntale.

Cogió Fernando la fuente en donde estaba la trucha y se la puso delante, luego acercó el oído muy serio y escuchó.

—¿Qué, contesta algo?—dijo burlonamente el ama del cura.

—Sí, ya va contestando, ya va contestando.

—¿Y qué dice? ¿Qué dice?—preguntó el cura.

—Pues dice—contestó Fernando—que es muy pequeña, pero que ahí en esa despensa hay guardada una trucha muy grande y que ella debe de saber noticias de mis parientes.

Una muchacha que estaba en la cocina, al oír la anécdota se echó á reír con una risa aguda y comunicó su risa á todos.

Rieron también de buena gana Martín y Bautista la manera de señalar del truhán, pero el campesino aseguró que él no tenía arte para relatar.

Le instaron para que siguiera y el hombre contó una nueva ocurrencia de *Fernando*.

«—Otra vez—dijo—fué á Idiazabal, donde había un partido de pelota, y llegó tarde á la posada, cuando ya todos estaban sentados. El amo le dijo:—No hay sitio para tí, Fernando, ni probablemente tampoco habrá comida.—¡Bah!—replicó él—¡si me diérais de balde lo que sobre!—Pues nada, todo lo que sobre para tí.—Se paseó Fernando por el comedor.

En la mesa larga se habían sentado los dos bandos que habían jugado á la pelota, separados. Fernando, viendo que traían en unas fuentes piernas de carnero, dijo á dos ó tres en voz baja:—Yo

no sé de dónde saca el amo estas piernas de perro tan hermosas y con tanta carne.—¿Pero son de perro?—dijeron ellos.

—Sí, de perro, pero no se lo digáis á esos, que se fastidien.—¿Pero de veras, Fernando?—Sí hombre, yo mismo he visto la cabeza en la cocina. ¡Era un perro de aguas más hermoso! Dicho esto salió del comedor y al volver tenía una cazuela con liebre. Fué al otro extremo de la mesa y dijo á los del bando contrario:—Vaya unos gatos más buenos que compra este fondista á los carabineros!—¡Ah! ¿pero es gato eso?—Sí, no se lo digáis á esos, pero yo he visto las colas en la cocina.

Poco después, Fernando comía solo y tenía liebre y carnero de sobra. Al anochechar salieron del pueblo todos algo borrachos y alguno se paró á echar la papilla en el camino.

—Es el perro que le ha hecho daño—decían unos burlándose.

—Es el gato—decían los otros.

Y nadie quería decir que era el vino.

—Compañeros—dijo Fernando—cuando se come gato y perro juntos no pasa nada. Ellos riñen en el interior como perros y gatos pero le dejan á uno en paz.»

La muchacha de la risa aguda rió de nuevo y el campesino comenzó á contar otra anécdota, diciendo:

«No estuvo mal tampoco la manera como Fernando deshizo la boda entre un zapatero rico de Tolosa y una novia suya.

—A ver, á ver cómo fué—dijeron todos.

—Pues estaba Fernando de aprendiz en la zapatería del difunto Ichtaber, el Chato de Tolosa, y no sé si vosotros sabréis, pero Ichtaber era un zapatero viejo muy rico. Tenía Fernando de novia una chica muy guapa, pero Ichtaber el Chato al verla la empezó á decir si se quería casar con él, y como era rico ella aceptó. Solían verse la muchacha y el viejo en la zapatería, y el granuja de Ichtaber para estar más libre mandaba á Fernando con cualquier pretexto á la trastienda. El hacía como que no se incomodaba, pero se vengó. Fué á ver á su novia y habló con ella:

—Sí—la dijo.—Ichtaber es buena persona y hombre de fortuna, es verdad, pero como es zapatero y chato y ha andado toda la vida con pieles huele muy mal.

—¡Mentiroso!—dijo ella.

—No, no, fijate. Ya verás.

Fernando fué á la zapatería, cogió un fuelle grande y lo rellenó de esa casca que queda después de curtidos los pellejos y que huele que apesta; luego hizo un agujero en el tabique de la trastienda y esperó la ocasión oportuna. Por la

tarde llegó la chica é Ichtaber dijo á su aprendiz:

—Oye, Fernando, vete á la trastienda un momento á arreglar esas hormas que hay en la caja.

Salió Fernando; tomó el fuelle. Miró por el agujero. Ichtaber le estaba tomando la mano á la chica; entonces le apuntó á ella con el fuelle y metió por el agujero del tabique una corriente de aire de mal olor. Cuando Fernando miró Ichtaber el Chato estaba con la mano en sus diminutas narices y la muchacha lo mismo.

Luego Fernando siguió dándole al fuelle hasta que se cansó.

Dos días después fué de nuevo la chica é hizo lo mismo; y ya no volvió, porque decía que Ichtaber, el Chato, olía á muerto.

Ichtaber hizo el amor á otra, pero Fernando le jugó la misma pasada con el fuelle, y el zapatero decía á sus amigos:

—¡Arrayua! En mi tiempo era otra cosa; las muchachas estaban sanas. Ahora la que más y la que menos huele á perros.

Volvió á oirse la risa alegre y chillona de la muchacha.

Celebraron los demás circunstantes las granujerías de Fernando, el de Amezqueta, y fueron á acostarse.

A la mañana siguiente, Martín y Bau-

tista, dejaron á Amerqueta y por un sendero llegaron á Maun, lugar en donde Dorrouroso, el jefe carlista, había sido escribano.

Se encontraron en el camino á un muchacho de este pueblo que iba á Echarri-Aralaz y en su compañía tomaron por un camino de herradura que bordeaba la sierra de Aralar.

Hablaron los tres de la marcha de la guerra, y el chico contó una anécdota de Dorrouroso que no dejaba de tener gracia. Se había presentado á él un señorito de San Sebastián de familia carlista, de los que llamaban hojalateros, muy gordo y muy lucio.—Mire Vd., don Miguel, había dicho al ex-escribano, yo soy muy carlista y mi familia también lo es; quisiera servir á don Carlos, pero ya ve Vd., no estoy para andar por el monte y desearía entrar en las oficinas.

—Bueno, ya veré si encuentro algo, le dijo Dorrouroso, vuelva Vd. mañana. Volvió al día siguiente el señorito y preguntó:—¿Qué, ha encontrado Vd. algo? —Sí, ya comprendo que no puede usted salir al monte, de manera que entrará usted en las oficinas... y pagará Vd. tres pesetas al día.

Celebraron Martín y Bautista la decisión de Dorrouroso. Por la noche llegaron al valle de Araquil y se detuvieron en Echarri-Aranaz.

Entraron en la cocina de la venta á calentarse al fuego. Allí en vez de las historias del buen truhán de Fernando de Amezqueta tuvieron que oír, contada por una vieja, la historia de don Teodosio de Goñi, un caballero navarro que después de haber matado á su padre y á su madre, engañado por el Diablo, se fué de penitencia al monte con una cadena al pie, hasta que pasados muchos años y siendo don Teodosio viejo se le presentó un dragón, y ya iba á devorarlo cuando apareció el arcángel San Miguel y mató al dragón, y rompió las cadenas al caballero.

A Bautista y á Martín les parecieron más entrenidas que esta tonta historia de dragones y de santos las ocurrencias del buen Fernando de Amezqueta.

Estaban oyendo los comentarios á la vida de don Teodosio, cuando se presentó en la venta un señor rubio que al ver á Bautista y á Martín se les quedó mirando atentamente.

—¡Pero son Vdes.!

—Usted es el de...

—El mismo.

Era el extranjero á quien habían libertado de las garras del Cura.

—¿A qué vienen Vdes. por aquí?—preguntó el extranjero.

—Vamos á Estella.

—¿De veras?

—Sí.

—Yo también. Iremos juntos. ¿Conocen Vdes. el camino?

—No.

—Yo sí. He estado ya una vez.

—¿Pero qué hace Vd. andando por estos parajes?—le preguntó Martín.

—Es mi oficio—le dijo el extranjero.

—¿Pues que es usted, si se puede saber?

—Soy periodista. La fuga aquella me sirvió para hacer un artículo interesantísimo. Hablaba de Vdes. dos y de aquella señorita morena. ¡Qué chica más valiente, eh!

—Ya lo creo.

—Pues si no tienen Vdes. reparo, iremos juntos á Estella.

—¿Reparo? Al revés.

Quedaron de acuerdo en marchar juntos.

A las siete de la mañana, hora en que comenzó á aclarar, tomaron el camino y atravesaro el túnel de Lizarraga y entraron en el camino de la Borunda. El extranjero montaba en un borriquillo que marchaba casi más deprisa que los matalones en que iba Martín y Bautista. El camino serpenteaba subiendo el desnivel de la sierra de Andía.

Se encontraron con una porción de batallones carlistas. Entre estos había muchos jefes extranjeros [con flamantes

uniformes, austriacos, italianos y franceses, un tanto carnavalescos.

A media tarde comieron en Lezaun y arreando las caballerías pasaron por Abarzuza. El extranjero explicó al paso la posición respectiva de liberales y carlistas en la batalla de Monte Muru, el sitio donde se desarrolló lo más fuerte de la acción y donde murió el general Concha.

Al anochecer llegaron cerca de Estella.

Mucho antes de entrar en la corte carlista encontraron una compañía que les preguntó adonde iban. Mostraron los tres su pasaporte.

Al llegar cerca del convento de Recoletos era ya de noche.

—¿Quién vive?—gritó el centinela.

—España.

—¿Qué gente?

—Paisanos.

—Adelante.

Volvieron á mostrar sus documentos al cabo de guerra y entraron en la ciudad carlista.



CAPÍTULO IX

CÓMO MARTÍN Y EL EXTRANJERO PASEARON DE NOCHE POR ESTELLA Y DE LO QUE HABLARON.

PASARON por el portal de Santiago, entraron en la calle Mayor y preguntaron en la posada si había alojamiento.

Una muchacha apareció en la escalera:

—Está la casa llena—dijo.—No hay sitio para tres personas, solo una podría quedarse.

—¿Y las caballerías?—preguntó Bautista.

—Creo que hay sitio en la cuadra.

Fué la muchacha á verlo y Martín dijo á Bautista:

—Puesto que hay sitio para una persona tú te puedes quedar aquí. Vale

más que estemos separados y que hagamos como sino nos conociéramos.

—Sí, es verdad—contestó Bautista.

—Mañana, á la mañana, en la plaza nos encontraremos.

—Muy bien.

Vino la muchacha y dijo que había sitio en la cuadra para los dos jacos.

Entró Bautista en la casa con las caballerías, y el extranjero y Martín fueron preguntando á otra posada del paseo de los Llanos donde les dieran alojamiento.

Llevaron á Martín á un cuarto desmantelado y polvoriento, con una alcoba estrecha, con las paredes cubiertas de un papel lleno de manchas negras de humo. Sin duda los huéspedes mataban las chinches quemándolas con una vela ó con la lamparilla y dejaban estos tranquilizadores rastros. En el gabinete y en la alcoba olía á cuadra, olor que venía de las junturas de las maderas del suelo.

Martín sacó el paquete de letras cosido en el cuero de la bota y separó las ya aceptadas y firmadas de las otras. Como estas todas eran para Estella, las encerró en un sobre y escribió:

«Al general en jefe del ejército carlista».

—¿Será prudente—se dijo—entregar estas letras sin garantía alguna?

No pensó mucho tiempo, porque com-

prendió en seguida que era una locura pedir ningún recibo ó fianza.

—La verdad es que sino quieren firmar no puedo obligarles y si me dan un recibo y luego se les ocurre quitármelo, con prenderme están al cabo de la calle. Aquí hay que hacer como si á uno le fuera indiferente la cosa, y si sale bien aprovecharse de ella y sino dejarla.

Esperó á que se secara el sobre. Salió á la calle. Vió en el paseo un sargento y después de saludarle le preguntó:

—¿Dónde se podrá ver al general?

—¡A qué general!

—Al general en jefe. Traigo una carta para él.

—Estará probablemente paseando en la plaza. Venga Vd.

Fueron á la plaza. En los arcos, á la luz de unos faroles tristes de petróleo, paseaban algunos jefes carlistas. El sargento se acercó al grupo y encarándose con uno de ellos, dijo:

—Mi general.

—¿Qué hay?

—Este paisano, que trae una carta para el general en jefe.

Martín se acercó y entregó el sobre. El general carlista se arrimó á un farol y abrió el sobre. Era el general un hombre alto, flaco, de unos cincuenta años, de barba negra, con el brazo en cabes-

trillo. Llevaba una boina grande de gascón con una borla.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó el general con voz fuerte.

—Yo—dijo Martín.

—¿Sabe Vd. lo que venía aquí dentro?

—No, señor.

—¿Quién le ha dado este sobre?

—El señor Levi-Alvarez de Bayona.

—¿Cómo ha venido Vd. hasta aquí?

—He ido de San Juan de Luz á Zumaya en barco, de Zumaya aquí á caballo.

—¿Y no ha tenido Vd. ningún tropiezo en el camino?

—Ninguno.

—Aquí hay algunos papeles que hay que entregar al rey. ¿Quiere entregarlos usted mismo ó que se los entregue yo?

—No tengo más encargo que dar este sobre y si hay contestación volverla á Bayona.

—¿No es Vd. carlista?—preguntó el general, sorprendido del tono de indiferencia de Martín.

—Vivo en Francia y soy comerciante.

—Ah, vamos, es usted francés.

Martín calló.

—¿Dónde para Vd.?—siguió preguntando el general.

—En una posada de ese paseo...

—¿Del paseo de los Llanos?

—Creo que sí. Así se llama.

—¿Hay una administración de coches? ¿No?

—Sí, señor.

—Entonces, es la misma. ¿Piensa usted estar muchos días en Estella?

—Hasta que me digan si hay contestación ó no á esa carta.

—¿Cómo se llama usted?

—Martín Tellagorri.

—Está bien. Puede Vd. retirarse.

Saludó Martín y se fué á la posada. A la puerta se encontró con el extranjero.

—¿Dónde se mete Vd.?—le dijo.—Le andaba buscando.

—He ido á ver al general en jefe.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y le ha visto Vd.?

—Ya lo creo. Y le he dado la carta.

—¡Demonio! Eso sí que es ir deprisa. No le quisiera tener á usted de rival en un periódico. ¿Qué le ha dicho á Vd.?

—Ha estado muy amable.

—Tenga Vd. cuidado, por si acaso. Mire usted que estos son unos bandidos.

—Le he indicado que soy francés.

—Bah, no importa. Este verano han fusilado á un periodista alemán amigo mío. Tenga Vd. cuidado.

—¡Oh! Lo tendré.

—Ahora, vamos á cenar.

Subieron las escaleras y entraron en una cocina grande.

Varios paisanos y soldados, congregados allí, charlaban. Se sentaron á una mesa larga iluminada por un velón de varios mecheros que colgaba del techo.

Un hombre viejo, bajito, que presidía la mesa se quitó la boina y comenzó á rezar; todos los comensales hicieron lo mismo, menos el extranjero á quien advirtió Martín de su olvido y que al darse cuenta se quitó apresuradamente la gorra.

En el transcurso de la cena el hombre bajito habló más que nadie. Era un tipo repulsivo, chato, de mirada oblicua, pómulos salientes, la boina pequeña echada sobre los ojos, como si instintivamente quisiera ocultar su mirada. Defendía la conducta del cabecilla asesino Rosas Samaniego que estaba entonces preso en Estella, y le parecía poca cosa el echar á los hombres por la sima de Igusquiza, tratándose de liberales y de hombres que blasfemaban de su Dios y de su religión.

Contó el tal viejo varias historias de la guerra carlista anterior. Una de ellas era verdaderamente odiosa y cobarde. Una vez cerca de un río, yendo con la partida, se encontraron con diez ó doce soldados jovencitos que lavaban sus camisas en el agua.

—A bayonetazos acabamos con todos —dijo el hombre sonriendo, luego añadió hipócritamente—Dios nos los habrá perdonado.

Durante la cena, el repulsivo viejo estuvo contando hazañas por el estilo. Aquel tipo miserable y siniestro era fanático, violento y cobarde, se recreaba contando sus fechorías, manifestaba crueldad bastante para disimular su cobardía, tosquedad para darla como franqueza y ruindad para darle el carácter de habilidad. Tenía la doble bestialidad de ser fanático y de ser carlista.

Este desagradable y antipático personaje se puso después á clasificar los batallones carlistas según su valor; primero eran los navarros como era natural, luego los castellanos, después los alaveses, luego los guipuzcoanos y al último los vizcaínos.

Por el curso de la conversación se veía que había allá un ambiente de odios terribles; navarros, vascongados, alaveses, aragoneses y castellanos se odiaban á muerte. Todo ese fondo cabileño que duerme en el instinto provincial español estaba despierto. Unos se reprochaban á otros el ser cobardes, granujas y ladrones.

Martín se ahogaba en aquel antro y sin tomar el postre se levantó de la mesa

para marcharse. El extranjero le siguió y salieron los dos á la calle.

Lloviznaba. En algunas tabernas obscuras, á la luz de un quinqué de petróleo, se veían grupos de soldados. Se oía el rasguear de la guitarra y á veces una voz cantaba la jota, en la calle negra y silenciosa.

—Ya me está á mí cargando esta canción estólida—murmuró Martín.

—¿Cuál?—preguntó el extranjero.

—La jota. La encuentro como una cosa petulante. Me parece que le estoy oyendo hablar á ese viejo de la posada. El que la canta quiere decir: Yo soy más valiente que nadie.

—¿Y estos no son más valientes que los demás españoles?—preguntó el extranjero maliciosamente.

—No lo sé yo, no lo creo por lo menos. Yo ahora mismo si tuviera quinientos hombres tomaba Estella por asalto y le pegaba fuego.

—¡Já! ¡Já! Es usted un hombre extraordinario, Martín.

—Es que lo digo porque lo creo.

—Yo también lo creo, y siento que no tenga Vd. los quinientos hombres. ¿Y qué decía Vd. de la gente del Ebro?

—Nada, que han decidido que son los únicos francos, los únicos leales, porque hablan muy en bruto y cantan la jota.

—¿De manera que para Vd. este canto

es como una falsificación del valor y de la energía?

—Sí, algo así.

—Está bien. Lo diré en mi próxima crónica. ¿No le parecer á Vd. mal que me sirva de sus opiniones?

—De ningún modo, porque á mí no me sirven para nada.

Siguieron paseando, pero al alejarse un poco, un centinela les dió el alto y volvieron á la plaza. Se hallaba ésta solitaria. Dieron varias vueltas y un sereno les saludó y les dijo:

—¿Qué hacen Vdes. aquí?

—¿No se puede pasear?—preguntó Zalacaín.

—Hombre, sí, pero no es una hora muy apropiada.

—Es que hemos cenado tarde y estábamos dando una vuelta—dijo el extranjero—no quisiéramos acostarnos tan pronto.

—¿Por qué no van Vdes. allí?—dijo el sereno, señalando los balcones de una casa que brillaban iluminados.

—¿Qué es lo que hay allí?—preguntó Martín.

—El Casino—contestó el sereno.

—¿Y qué hacen ahora?—dijo el extranjero.

—Estarán jugando.

Se despidieron del sereno y dejaron la plaza.

Después, dando un rodeo, salieron al paseo de Los Llanos. Una campana de un convento comenzó á tocar.

—Juego, campanas, carlismo y jota. ¡Qué español es todo esto, mi querido Martín!—dijo el extranjero.

—Pues yo también soy español y todo eso me es muy antipático—contestó Martín.

—Sin embargo, todo esto constituye la tradición de su país—dijo el extranjero.

—Mi país es el monte—contestó Zalacaín.



CAPITULO X

CÓMO TRANSCURRIÓ EL SEGUNDO DÍA EN ESTELLA

CONFORMES Martín y Bautista, se encontraron en la plaza. Martín consideró que no convenía que le viesen hablar con su cuñado y para decir lo hecho por él la noche anterior escribió en un papel su entrevista con el general.

Luego se fué á la plaza. Tocaban la charanga. Había unos soldados formados. En el balcón de una casa pequeña, enfrente de la iglesia de San Juan, estaba don Carlos con algunos de sus oficiales.

Esperó Martín á ver á Bautista y cuando le vió le dijo:

—Que no nos vean juntos—y le entregó el papel.

Bautista se alejó, y poco después se acercó de nuevo á Martín y le dió otro pedazo de papel.

—¿Qué pasará?—se dijo Martín.

Se fué de la plaza y cuando se vió solo leyó el papel de Bautista que decía:

Ten cuidado. Está aquí el Cacho de sargento. No andes por el centro del pueblo.

La advertencia de Bautista la consideró Martín de gran importancia. Sabía que el Cacho le odiaba y que colocado en una posición superior podía vengar sus antiguos rencores con toda la saña de aquel hombre pequeño, violento y colérico.

Martín pasó por el puente del Azucarero contemplando el agua verdosa del río. Al llegar á la plazoleta donde comienza la Rua Mayor del pueblo viejo, Martín se detuvo frente al palacio del duque de Granada, convertido en cárcel, á contemplar una fuente con un león tenante en medio, en cuyas garras sujeta un escudo de Navarra.

Estaba allí parado, cuando vió que se le acercaba el extranjero.

—¡Hola, querido Martín!—le dijo.

—¡Hola! ¡Buenos días!

—¿Va Vd. á echar un vistazo por este viejo barrio?

—Sí.

—Pues iré con Vd.

Tomaron por la Rua Mayor, la calle principal del pueblo antiguo. A un lado y á otro se levantaban hermosas casas de piedra amarilla, con escudos y figuras tallados.

Luego, terminada la Rua, siguieron por la calle de Curtidores. Las antiguas casas solariegas mostraban sus grandes puertas cerradas; en algunos portales convertidos en talleres de curtidores se veían filas de pellejos colgados y en el fondo el agua casi inmóvil del río Ega verdosa y turbia.

Al final de esta calle se encontraron con la iglesia del Santo Sepulcro y se pararon á contemplarla. A Martín le pareció aquella portada de piedra amarilla con sus santos desnarigados á pedradas una cosa algo grotesca, pero el extranjero aseguró que era magnífica.

—¿De veras?—preguntó Martín.

—¡Oh! ¡Ya lo creo!

—¿Y la habrá hecho la gente de aquí? preguntó Martín.

—¿Le parece á Vd. imposible que los de Estella hagan una cosa buena?—preguntó riendo el extranjero.

—¡Qué sé yo! No me parece que en este pueblo se haya inventado la pólvora.

En una calle transversal las paredes de las antiguas casas hidalgas derrum-

badas servían de cerca para los jardines. No se alejaron más porque á pocos pasos estaba ya la guardia.

Volviéron y subieron á San Pedro de la Rua, iglesia colocada en un alto, á la cual se llegaba por unas escaleras desgastadas, entre cuyas losas crecía la hierba.

—Sentémonos aquí un momento—dijo el extranjero.

—Bueno, como Vd. quiera.

Desde allí se veía casi todo Estella, y los montes que le rodean, abajo el tejado de la cárcel y en un alto la ermita del Puy. Una vieja limpiaba las escaleras de piedra de la iglesia con una escoba y cantaba á voz en grito:

¡Adiós, los Llanos de Estella,
San Benito y Santa Clara,
Convento de Recoletos
donde yo me paseaba!

—Ya ve Vd.—dijo el extranjero—que aunque á Vd. le parezca este pueblo tan desagradable hay gente que le tiene cariño.

—¿Quién?—dijo Martín.

—El que ha inventado esa canción.

—Era un hombre de mal gusto.

La vieja se acercó al extranjero y á Martín y entabló conversación con ellos. Era una mujer pequeña, de ojos vivos y tez tostada.

—¿Usted será carlista? ¿Eh?—le preguntó el extranjero.

—Ya lo creo. En Estella todos somos carlistas y tenemos la seguridad de que vendrá don Carlos con ayuda de Dios.

—Sí, es muy probable.

—¿Cómo probable?—exclamó la vieja.

—Es seguro. ¿Usted no será de aquí?

—No, no soy español.

—Ah, vamos.

Y la vieja, después de mirarle con curiosidad siguió barriendo las escaleras.

—Creo que le ha tenido á Vd. lástima al saber que no es Vd. español—dijo Martín.

—Sí, parece que sí—contéstó el extranjero.—La verdad es que es triste que por ese estúpido hombre guapo se mate esta pobre gente.

—¿Por quién lo dice Vd., por don Carlos?—preguntó Martín?

—Sí.

—¿Usted también cree que no es hombre de talento?

—¡Qué va á ser! Es un tipo vulgar sin ninguna condición. Luego, no tiene idea de nada. Hablé con él cuando el bombardeo de Irun y no se puede Vd. figurar nada más plano y más opaco.

—Pues no lo diga Vd. por ahí, porque le hacen á Vd. pedazos. Estos bestias están dispuestos á morir por su rey.

—Oh, no lo diría. Además ¿para qué?

No había de convencer á nadie; unos son fanáticos y otros aventureros y ninguno está dispuesto á dejarse persuadir. Pero no crea Vd. que todos tienen un gran respeto ni por don Carlos ni por sus generales. ¿No ha oído Vd. en la posada que hablan algunas veces de Don Bobo? pues se refieren al Pretendiente.

Vieron el extranjero y Martín las otras iglesias del pueblo, la Peña de los Castillos y la parroquia de Santa María, y volvieron á comer.

Afortunadamente el viejecillo antipático no se sentaba á la mesa y en cambio estaban un legitimista francés, el conde de Haussonville, de la legación extranjera, y un joven comandante carlista llamado Iceta.

El conde de Haussonville fué la alegría de la mesa. El conde, hombre de unos cuarenta años, alto, grueso, derecho, rubio, hablaba en un castellano grotesco.

Lo verdaderamente gracioso de Haussonville era un apetito voraz. Todo lo que le daban de comer no le servía más que de aperitivo. Había venido desde Caspe llevando prisionero á un brigadier valenciano carlista á que compareciera ante el Estado Mayor de don Carlos, y contaba su expedición de tal manera que hacía morir de risa á todos.

Explicó su estancia en un pueblo con el batallón metido en una iglesia sin poder moverse por estar los caminos intransitables por la nieve, no comiendo más que habichuelas y teniendo por retrete un confesonario, y dió tales detalles que todo el mundo reía á carcajadas.

—Un día, sobre todo, nos trajeron sidra—dijo el francés—y entre la sidra y las habichuelas se nos armó una que tuvimos que hacer cola delante del confesonario. Pocas veces se ha visto una congregación de fieles tan apenados para entrar en el confesonario como nosotros. Todos íbamos con gran dolor de corazón á cantar nuestra canción de las habichuelas á la pequeña garita del señor cura.

Después de maldecir de la alimentación leguminosa y de la alimentación *patatosa*, habló del resto del viaje.

Cada pueblo del tránsito le parecía una estación de calvario para su estómago hambriento; recordaba las aldeas por lo que había comido, ó mejor dicho, por lo que había ayunado; aquí le habían dado por toda comida un caldo de berzas, allá por cena una colación de verduras cocidas; y para colmo de desdichas, estaba alojado en Estella en casa de unas viejas solteronas y por la mañana le daban chocolate con agua,

por la tarde cocido y de noche una sopa de ajo infame.

—Y siempre, siempre poco —decía Haussonville, levantando los brazos al cielo.

Íceta era un aventurero. Había estado al principio en la guerra, luego se fué á una república americana; tomó parte en una revolución y después, expulsado de allí por rebelde, volvió al ejército carlista, en donde estaba ya violento y deseando marcharse.

Siguiéndole á todas partes como amigo y asesor iba un antiguo criado suyo que se llamaba Asensio, pero á quien se le conocía por estos dos mote: Asenchio Lapurrá (Asensio el Ladrón) y Asenchio Araguarrapatzallia (Asensio el decomisador de carne).

Este mote lo debía Asensio á haber sido consumero en su pueblo.

Asensio era graciosísimo hablando castellano; no había palabra que empleara bien.

Siempre que tenía que decir andamos, decía andemos; y al contrario, empleaba vaiga por vaya, y hagáis por haced.

La conversación entre el conde de Haussonville y Asenchio Lapurrá era de lo más dislocada y pintoresca.

—Si aquí hubiera un buen *quenerral* —decía Haussonville—la *querra* estaba resuelta.

—*Pueda, pueda* que sí—contestaba Asensio.

—No saben *manecar* un grande *equer-cito*, amigo Asensio.

—Si *supieseis* de *tática* otra cosa sería.

Martín y el extranjero intimaron con Haussonville, con Íceta y con Asenchio Lapurrá, y se rieron á carcajadas con los mil quidproquos que resultaban en la conversación del francés y del vasco.

Asensio había estado en Cuba algún tiempo, de soldado, y contó anécdotas de aquella tierra. Lo que más le gustaba era hablar de los chinos.

—Son de *mal* intención, pero buenos cocineros, eso sí. *Digais* á un chino que os haga un arroz. Os hace una cosa *manífica*. Es gente *raro*. Luego se ponen á hablar *chun, chun, chun*. ¿Y entenderles? nada. ¿A nosotros? Rabia nos tenían. Y al que cogían *la* martirizaban. ¡Pse! Nosotros *tamien* algunos *matemos*.

Martín se refa á carcajadas con las explicaciones de Asenchio Lapurrá.

Después de comer en la posada, Martín y el extranjero, Íceta, Haussonville y Asensio fueron á un café de la plaza donde estuvieron hablando. Había ejercicios espirituales en la iglesia de San Juan, y una porción de beatos y de oficiales carlistas iban á la iglesia.

— ¡Qué país! — dijo Haussonville — la

gente no hace más que ir á la iglesia. Todo es para el señor cura, las buenas comidas, las buenas chicas... Aquí no hay nada que hacer, todo para el señor cura.

Iceta y Haussonville contemplaban con desprecio aquel tropel de gente que se encaminaba hacia la iglesia.

—¡Bestias!—exclamaba Iceta dando puñetazos en la mesa.—No quisiera más que poder ametrallarlos.

El francés murmuraba:

—¡Españal ¡España! ¡*Jamais de la vie!* Mucha hidalguía, mucha misa, mucha jota, pero poco alimento.

—La guerra—añadía Asensio metiendo la cucharada—es cosa nada *bueno*.



CAPITULO XI

COMO LOS ACONTECIMIENTOS SE ENREDARON HASTA EL PUNTO DE QUE MARTÍN DURMIÓ EL TERCER DÍA DE ESTELLA EN LA CÁRCEL.



EL día siguiente, por la noche, iba á acostarse Martín cuando la posadera le llamó y le entregó una carta que decía:

«Preséntese Vd. mañana de madrugada en la ermita del Puy, en donde se le devolverán las letras ya firmadas. El General en Jefe.» Debajo había una firma ilegible.

Martín se metió la carta en el bolsillo, y viendo que la posadera no se marchaba de su cuarto, le preguntó:

—¿Quería Vd. algo?

—Sí; nos han traído dos militares he-

ridos y quisiéramos el cuarto de usted para uno de ellos. Si Vd. no tuviera inconveniente le trasladaríamos abajo.

—Bueno, no tengo inconveniente.

Bajó á un cuarto del piso principal que era una sala muy grande con dos alcobas. La sala tenía en medio un altar, iluminado con unas lámparas tristes de aceite. Martín se acostó; desde su cama veía las luces oscilantes, pero estas cosas no influían en su imaginación y se quedó dormido.

Era más de media noche cuando se despertó algo sobresaltado. En la alcoba próxima se oían quejas, alternando con voces de:—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Jesús mío!

—¡Qué demonio será esto! —pensó Martín.

Miró el reloj. Eran las tres. Se volvió á tender en la cama, pero con los lamentos no se pudo dormir y le pareció mejor levantarse. Se vistió y se acercó á la alcoba próxima, y miró por entre las cortinas. Se veía vagamente á un hombre tendido en la cama.

—¿Qué le pasa á Vd.? —preguntó Martín.

—Estoy herido—murmuró el enfermo.

—¿Quiere Vd. alguna cosa?

—Agua.

A Martín le dió la impresión de conocer esta voz. Buscó por la sala una bo-

tella de agua y como no había en el cuarto fué á la cocina. Al ruido de sus pasos, la voz de la patrona preguntó:

—¿Qué pasa?

—El herido que quiere agua.

—Voy.

La patrona apareció en enaguas y dijo entregando á Martín una lamparilla:

—Alumbre Vd.

Tomaron el agua y volvieron á la sala. Al entrar á la alcoba, Martín levantó el brazo, con lo que iluminó el rostro del enfermo y el suyo. El herido tomó el vaso en la mano, é incorporándose y mirando á Martín, comenzó á gritar:

—¿Eres tú? ¡Canalla! ¡Ladrón! ¡Prendedle! ¡Prendedle!

El herido era Carlos Ohando.

Martín dejó la lamparilla sobre la mesa de noche.

—Márchese Vd.—dijo la patrona.—Está delirando.

Martín sabía que no deliraba; se retiró á la sala y escuchó, por si Carlos contaba alguna cosa á la patrona. No le dijo nada. Salió la patrona. Martín esperó en su alcoba. En la sala, debajo del altar, estaba el equipaje de Ohando, consistente en un baul y una maleta. Martín pensó que quizás Carlos guardaría alguna carta de Catalina, y se dijo:

—Si esta noche encuentro una buena ocasión, descerrajaré el baul.

Eran ya las cuatro de la mañana y Martín, envuelto en su capote, se marchó hacia la ermita del Puy. Los carlistas estaban de maniobras. Llegó al campamento de don Carlos, y mostrando su carta le dejaron pasar.

—El Señor está con dos Reverendos Padres—le dijo un oficial.

—Vayan al diablo el Señor y los Reverendos Padres—refunfuñó Zalacaín.
—La verdad es que este rey es un rey ridículo.

Esperó Martín á que despachara el Señor con los Reverendos, hasta que el rozagante Borbón, con su aire de hombre bien cebado, salió de la ermita rodeado de un Estado Mayor. Junto al Pretendiente iba una mujer á caballo, que Martín supuso sería Doña Blanca.

—Ahí está el Rey. Tiene Vd. que arrodillarse y besarle la mano—dijo el oficial.

Zalacaín no replicó.

—Y darle el título de Majestad.

Don Carlos no se fijó en Martín y éste se acercó al general, quien le entregó las letras firmadas. Zalacaín las examinó. Estaban bien.

En aquel momento un fraile castrense, con unos gestos de energúmeno, comenzó á arengar á las tropas.

Martín, sin que lo notara nadie, se fué alejando de allí y bajó al pueblo corriendo. El llevar en su bolsillo su fortuna le hacía ser más asustadizo que una liebre.

A la hora en que los soldados formaban en la plaza se presentó Martín y al ver á Bautista, le dijo:

—Véte á la iglesia y allí hablaremos.

Entraron los dos en la iglesia, y en una capilla obscura se sentaron en un banco.

—Toma las letras—le dijo Martín á Bautista.—¡Guárdalas!

—¿Te las han dado ya firmadas?

—Sí.

—Hay que prepararse á salir de Estella en seguida.

—No sé si podremos—dijo Bautista.

—Aquí estamos en peligro. Además del Cacho se encuentra en Estella Carlos Ohando.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le he visto.

—¿En dónde?

—Está en mi casa herido.

—¿Y te ha visto él?

—Sí.

—Claro, están los dos—exclamó Bautista.

—¿Cómo los dos? ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Yo? Nada.

—¿Tú sabes algo?

- No, hombre, no.
 —O me lo dices ó se lo pregunto al mismo Carlos Ohando. ¿Es que está aquí Catalina?
 —Sí, está aquí.
 —¿De veras?
 —Sí.
 —¿En dónde?
 —En el convento de Recoletas.
 —¡Encerrada! ¿Y cómo lo sabes tú?
 —Porque la he visto.
 —¡Qué suerte! ¿La has visto?
 —Sí. La he visto y la he hablado.
 —¡Y eso querías ocultarme! Tú no eres amigo mío, Bautista.
 Bautista protestó.
 —¿Y ella sabe que estoy aquí?
 —Sí, lo sabe.
 —¿Cómo se puede verla?—dijo Zalacaín.
 —Ella suele bordar en el convento, cerca de la ventana, y á la tarde sale á pasear á la huerta.
 —Bueno. Me voy. Si me ocurre algo le diré á ese señor extranjero que vaya á avisarte. Mira á ver si puedes alquilar un coche para marcharnos de aquí.
 —Lo veré.
 —Lo más pronto que puedas.
 —Bueno.
 —Adios.
 —Adios y prudencia.
 Martín salió de la iglesia, tomó por la

- calle Mayor hacia el convento de las Recoletas, paseó arriba y abajo, horas y horas sin llegar á ver á Catalina. Al anochecer tuvo la suerte de verla asomada á una ventana. Martín levantó la mano, y su novia, haciendo como que no le veía, se retiró de la ventana. Martín quedó helado; luego Catalina volvió á aparecer y lanzó un ovillo de hilo casi á los pies de Martín. Zalacaín lo recogió; tenía dentro un papel que decía. «A las ocho podemos hablar un momento. Espera cerca de la puerta de la tapia.» Martín volvió á la posada, comió con un apetito extraordinario y á las ocho en punto estaba en la puerta de la tapia esperando. Daban las ocho en el reloj de las iglesias de Estella, cuando Martín oyó dos golpecitos en la puerta. Martín contestó del mismo modo.
 —¿Eres tú, Martín?—preguntó Catalina.
 —Sí, soy yo. ¿No nos podemos ver?
 —Hoy, no.
 —Yo me voy á marchar de Estella. ¿Querrás venir conmigo?—preguntó Martín.
 —Sí; pero ¿cómo salir de aquí!
 —¿Estás dispuesta á hacer todo lo que yo te diga?
 —Sí.
 —¿A seguirme á todas partes?
 —A todas partes.

—¿De veras?

—Aunque sea á morir. Ahora, véte.

Martín se había olvidado de todos sus peligros; marchó á su casa y sin pensar en espionajes entró en la posada de Bautista y le abrazó.

—Pasado mañana—dijo Bautista—tenemos el coche.

—¿Lo has arreglado todo?

—Sí.

Martín salió de casa de su cuñado silbando alegremente. Al llegar cerca de la posada, dos serenos se le acercaron y le mandaron callar.

—¡Hombre! ¿No se puede silbar?—preguntó Martín.

—No, señor.

—Bueno. No silbaré.

—Y si replica Vd., va Vd. á la cárcel.

—No replico.

—¡Hala! ¡Hala! A la cárcel.

Zalacaín vió que buscaban un pretexto para encerrarle y aguantó los empujones que le dieron, y en medio de los dos serenos entró en la cárcel.



CAPITULO XII

EN QUE LOS ACONTECIMIENTOS MARCHAN
AL GALOPE

ENTREGARON los serenos á Martín en manos del alcaide, y éste le llevó hasta un cuarto oscuro con un banco y una cantarilla para el agua en un rincón.

—Demonio—exclamó Martín—aquí hace mucho frío. ¿No hay sitio donde dormir?

—Ahí tiene Vd. el banco.

—¿No me podrían traer un jergón y una manta para tenderme?

—Si paga Vd....

—Pagaré lo que sea. Que me traigan un jergón y dos mantas. El alcaide se fué, dejando á obscuras á Martín, y vino poco después con un jergón y las man-